

La sequía de los nueve meses acabó con el Cibao. Los viejos no recordaban castigo igual. La tierra tostada crujía bajo el pie, los caminos ardían como zanjas de fuego, los potreros se quedaron pelados. Las familias se acostaban sin haber comido y los animales que habían sobrevivido no tenían fuerzas ni para espantar las moscas.

Sufrió mucho en ese tiempo. Anduve buscando trabajo desde las orillas del Yaque, por Taveras, hasta las del Yuna, por Almacén de Yuna. Estaba dispuesto a todo, y lo mismo me hubiera metido en Los Haitises a cazar cerdos cimarrones que me hubiera ido a pescar a Samaná.

Al tratar de recordar aquellos días no logro saber cómo pude mantenerme. Iba y venía lleno de polvo, enloquecido por el calor y el hambre. Muchas noches llegué a pedir posada en algún bohío y me devolví de la puerta. La gente no se quejaba; apenas lamentaba aquella desgracia diciendo, mientras miraba el cielo:

—Todavía no se acuerda Dios de nosotros.

Pero yo veía los rostros afilados, los ojos ardientes, a los niños flacos y callados; veía a la mujer silenciosa, el bohío sucio. Sabía que en toda la noche no oiría palabra y me iba sin decir nada.

Pensaba: “Con un conuco propio, con un bohío aunque fuera destartalado, estaría penando menos”.

Poco a poco fue tomando cuerpo la idea de ser dueño de mi destino. Llegó día en que lamenté haber perdido mis mejores años trabajando para otros. Sentía que me nacía adentro un hombre nuevo, un ser distinto que iba desalojando en mí los restos de mi vida anterior. La soledad me parecía dura e injustificable. Repasaba con la mente mis años perdidos y no encontraba recuerdo de amigos ni huellas en los demás de mi paso por el mundo. Estaba cansado de pensar tales cosas cuando llegó octubre y con él las aguas.

El primer aguacero, pesado y rápido, cayó de tarde. Media hora antes el cielo era transparente y limpio; una hora después de la lluvia comprendía que no padeceríamos más. Las nubes grises empezaron a surgir de atrás de las lomas y escalaban la altura con solemne gravedad.

Yo estaba en despoblado, más allá de Almacén de Yuna. Seguro de que me mojaría si no encontraba cobijo, apuré el paso cuanto pude. Al anochecer columbré un bohío. Los

niños correteaban en el camino con expresión alegre, dirigiendo palabras cariñosas a las nubes. Apenas había pasado el umbral cayeron las primeras gotas. Todo el mundo salió a verlas.

La lluvia hizo muy largo el camino a Cenobí. Aprovechaba las escampadas, que eran escasas y cortas, para hacer una ruta trabajosa, entre lodo y agua. Iba a ver al viejo Amézquita. El viejo Amézquita me cobró cariño en el corto tiempo que pasé con él. Tenía una hija vistosa, saludable y despreocupada, cuyo rostro se iluminaba con la gracia de una malicia incipiente. A mí me gustaba la hija del viejo Amézquita, y cuando volvía, al atardecer, de los potreros o de los cacaotales, me ponía a charlar con ella, sumido en una especie de alegría que me hacía sentirme bien. Muchas veces vi en los ojos del viejo la esperanza de que su hija y yo llegáramos a entendernos. No sé; a lo mejor eran ilusiones mías. Él nunca dijo nada, pero sonreía con reserva cuando nos veía juntos, y a mí me dio su sonrisa qué pensar. Yo era nuevo por esa época y adoraba mi libertad, la propiedad de mi cuerpo y de mi tiempo. Un día me cansé del viejo Amézquita y de Rosa, como me cansaba de todo. Sentí el cansancio una tarde; en la noche dormí mal y al otro día amanecí con el machete al cinto y la hamaca en el hombro, fija la vista en la vuelta distante del camino, sobre el que empezaba a levantarse un sol bermejo.

Esas cosas las recordaba en Cenobí, adonde había llegado al cabo de una semana de marcha trabajosa. Había tendido la hamaca en la enramada de un bohío bastante pobre y me sentía cansado de andar entre lodazales y raíces resbalosas. Era temprano. La gente de la casa hacía cuentos en la cocina; la alegre candela metía por las rendijas su vivo color rojo y en los árboles vecinos zumbaba la brisa. Pensando en el sitio hacia donde iba me preguntaba por qué quería volver a Penda, si el Cibao era tan grande y eran tantas las fincas donde un hombre de trabajo podía hallar qué hacer. La respuesta surgió como empujada desde la sangre: era Rosa; sí, la causa era Rosa. Iba hacia ella llevado por el instinto de la carne y por el miedo a la soledad. Rosa estaba en mis venas. Me sonreía, mostrando sus dientes parejos; se movía con su gracia un poco ruda; veía, como en la realidad, su cuello grueso, sus hombros redondos, su pecho alto, su piel bronceada. Y en aquel instante —uno de esos segundos tan intensos como toda una vida— me di cuenta de que quería ser el marido de Rosa. Vi claramente mi porvenir: vivíamos en un bohío nuevo, rodeado de yucas; desde la puerta se dominaba un paisaje de plátanos llenando una hondonada; en el patio escarbaban docenas de gallinas. Hasta vi los perros, y uno de ellos era blanco y negro. Colmado de una extraña alegría, empecé a dormirme. Todavía charlaban en la cocina y mi sangre iba apagándose lentamente, llena de Rosa.

Bien temprano, sin hacer caso de las señales del cielo ni de los ruegos de mis huéspedes, dejé Cenobí. Tardé dos días en llegar a Penda, y era ya noche cerrada cuando alcancé el lugar. El viento daba vueltas entre los troncos de los cacaoteros y del cielo caía una lluvia menuda que anunciaba más aguaceros. Había pasado la oración cuando vi las luces de la casa.

El hogar de los Amézquita era un caserón de madera. Se entraba por un portón amplio; detrás había unos ranchos e inmediatamente después un pequeño patio lleno de yerbajos casi por la cocina —grande como una casa—, y a seguidas empezaban las plantaciones de cacao, café y plátanos.

No se conocían las tareas que tenía el viejo Amézquita. Mucho más de la mitad de sus tierras estaban abandonadas. A medida que avanzaba pensaba yo en lo grande que era su propiedad y trataba de ver las alambradas de enfrente, que guardaban los potreros. El viento tiraba sobre mi cara rachas de agua fina y yo me esforzaba por alcanzar con la vista la sala de la casa. Vi una sombra de mujer que se movía. Tuve la impresión de que era Rosa. Me pareció que la sangre se me paralizaba en las venas y que hasta la voz se me hundía en lo más escondido del ser. Después alguien que me pareció ser el viejo cruzó la puerta trasera, hacia el comedor. Yo me acercaba al portón. La luz de la casa espejeaba en los pozos que la lluvia formaba en el camino. Los perros, que tanto me conocieron en otro tiempo, rompieron en ladridos vehementes.

Nadie salió a recibirme. Dos peones jugaban baraja bajo la luz de la lámpara y contestaron a mi saludo con voces indiferentes. Una vieja negra rezaba en un rincón. Era Marta, la cocinera. La vieja alzó la cabeza y trató de verme, pero los años habían enturbiado sus ojos.

—Dentre y asílese —dijo.

Yo murmuré:

—Soy yo, Juan, Marta.

Ella se incorporó con relativa agilidad. Parecía dudosa.

—¿Usté, Juan? ¡Válgame Dios, cristiano!

Los peones dejaron de jugar para verme. En una de las habitaciones sonó la voz del viejo. Preguntó:

—¿Es Juan, Marta?

—Sí, hijo; el mismo, el mismito.

Yo sonreía. En la puerta estaban los perros ladrando todavía. Los llamé:

—¡Rabonegro, Rabonegro, Mariposa!

Los animales empezaron a mover las colas. De pronto oí en el comedor la voz vibrante

de Rosa.

—¡Juan!

La vi. Procuraba hacerse la desinteresada, pero su rostro estaba lleno de la luz y todos sus gestos eran torpes, como los de un niño sorprendido en delito. Me acerqué para saludarla.

Sentía los labios fríos y el corazón me daba golpes.

—Hola, Rosa —dije.

No sabía qué hacer de mi sombrero mojado, pero Rosa no sabía qué hacer de sus ojos negros.

Aunque en aquel caserón de Penda había siempre catres puestos para los visitantes y para los que pidieran posada, yo no quise dormir sino en mi hamaca. La tendí en la sala. Sentía que esa noche necesitaba estar cerca de algo mío, de algo que tuviera para mí cierta familiaridad. Mientras cavilaba oía roncar el viento en el cacaotal vecino y desplomarse sobre el techo de zinc un aguacero pesado.

Era todavía de madrugada cuando sentí al viejo chancletear en el piso del comedor. Me levanté. La vieja Marta hacía arder en la cocina una leña húmeda. Desde la puerta de la cocina podía apreciar el ambiente de fecundidad que me rodeaba. Parecía que todo el campo acopiaba energía bajo la lluvia del amanecer. El viento sacudía las yaguas de la letrina y mecía la puerta del comedor. Los troncos y los colores se perdían en el gris de la lluvia.

El viejo empezó a hablar. Sus palabras estaba cargadas de una honda y a la vez suave ironía. Se notaba que hacía esfuerzos por demostrarme que hice mal en dejarlo, y que procuraba conseguirlo sin herirme.

—Dicen que Malhaya volvió en caballo cansao —dijo.

—Sí, don; cansado y cojo —afirmé.

—¿Y por qué? ¿Malas las cosas?

—De vicio, viejo. La sequía acabó con el mundo.

—Anjá. ¿Y por dónde andabas?

—Vengo de las vueltas de Macorís.

—Dicen que por allá se da bueno el cacao.

—El cacao y todo, pero el sol achicharraba.

—¿Y no dique hay mar?

—Su poco de mar, don; pero mucho más allá.

El viejo se pasó una mano por la cara.

—Ya ni an me acuerdo del mar. Lo vide en Puerto Plata, estando chiquito. Ni más agua, cristiano.

Miraba sin malicia. Marta soplaba desesperada.

—¡Anda el diablo con esta leña tan enchumbada! —lamentó.

El viejo Amézquita se puso de pie.

—Hoy va a ser día perdido, como el de ayer.

Dio algunos pasos y volvió a sentarse. Yo me encogía. El viento frío no desperdiciaba rendija. El viejo preguntó:

—¿Y a dónde vas agora?

—¿Yo? Tengo idea de quedarme aquí.

—Jum... Pa' dirte cuando nos estemos acostumbrando a ti.

—No, don; ahora no estoy por andar más mundo. Me he cansado de bregar con la gente.

—Bueno, pues aquí te quedas. Trabajo no falta.

—Si, ya lo sé; pero lo que quisiera es trabajar con más comodidad.

—Sí es por comodidá... Yo no apuro a mi gente; tú lo sabes.

—No, don; ni usté apura ni a mí me duele doblar el lomo. Es que aquí cogí este rumbo pensando en otra cosa.

—Ah, hijo; lo que se piensa y no se dice, como si no se hubiera pensado. Si nosotros fuéramos adivinos...

—Lo mío no hay que adivinarlo. Es que quería encontrar quien me diera una derrita a medias.

—Pero por tierra no tienes que apurarte, ahí las tengo yo perdías.

—Pues si usted me las da, no hay más que hablar, don.

Marta nos tendía ya las tazas. Terció:

—Sí, Juan; quédese aquí.

El viejo Amézquita vaciaba su café en el platillo y luego lo sorbía con gran ruido. Entre sorbos hablaba:

—Yo supongo que tú vendrás arrancao. Si necesitas algo para peones, yo tengo ahí unos centavos.

Hubiera empezado el mismo día a buscar lugar para mí, pero durante una semana apenas pude salir de la casa. El viejo se quejaba de su reumatismo y yo aprovechaba las escampadas para echar una mirada por afuera. Al atardecer me tiraba un saco de pita en los hombros y me iba a encaminar los becerros hasta el chiquero.

Algunas veces hablaba con Rosa. Una graciosa timidez, mezclada con cierta dosis de coquetería, la mantenía a distancia de mí. Yo esperaba que esa situación se prolongaría hasta que volviera la confianza de otros tiempos. La encontraba más hecha, de formas más definidas. De sus gestos trascendía un aire de mujer en sazón, y a veces sus ojos se incendiaban con luces relampagueantes. Era una típica muchacha de campo, con sus malicias a la vista y su cortedad, terreno de pugna perpetua entre la naturaleza fuerte y el pudor. Un día le pregunté si no pensaba casarse.

—Me falta lo principal —dijo.

Por su expresión me pareció que mentía, pero me hice el desinteresado y seguí tejiendo unas cinchas de cabuya para el uso de los asnos lecheros. Días más tarde estaba enterado de todo lo que deseaba saber. Mientras echaba la brisca con Pancholo y con Remigio, mientras descascaraba el arroz y atendía a los gallos de calidad que el viejo criaba para regalar a los amigos del pueblo, fui sabiendo cosas. En la pulpería me dijeron que Inocencio el del viejo Vinicio no dejaba sestar a la muchacha; de la ciudad iban de domingo en domingo dos enamorados, y hasta don Rogelio el del Palmar aprovechaba toda ocasión para cantarle bonito.

Rosa no se decidía por ninguno. Decía que no podía dejar al padre con la única atención de Marta, que ya estaba vieja y pesada para cuidarlo. A lo que parece,

Amézquita no era muy exigente en cuestión de marido para la hija; le bastaba con que se la quisieran y se la trataran bien. En todo era él así, discreto y amplio.

Contaban que en su juventud fue muy corrido, amigo de enamorar muchachas y dejarlas después que le daban un hijo. Parece que tenía varios regados por esos mundos de Dios, y que a cada uno le había dado un pedazo de tierra y dos o tres onzas para que trabajaran. Con la mujer solo tuvo a Rosa. La mujer se le murió en el parto, y desde entonces se recogió y se dio a trabajar sus tierras.

Se contaba que el padre había sido muy rico y que fue hombre de juntar cincuenta onzas para jugárselas al dado o a los gallos. Decían que había sido muy sangrudo, que tenía la mano recia y pronta. Murió ahogado cierta vez que metido en tragos se empeñó en cruzar a caballo el río, que bajaba crecido y arrastraba troncos y animales muertos. Uno de esos troncos le hirió el animal cuando estaba en medio del cauce; la bestia se ladeó, tragó agua, y la corriente impetuosa se llevó el caballo y al jinete entre remolinos y espumas. Tres días después encontraron los cadáveres medio descompuestos, entre las piedras de una playa alejada. La gente recordaba al difunto para decir, refiriéndose al hijo:

—Del taita na' más sacó la cara.

Y así debió ser, porque el “taita”, por ejemplo, no me hubiera dado tierras a escoger, como hizo Amézquita. Cuando le dije que había seleccionado un sitio cerca de la casa, en la misma orilla del camino real, me respondió que lo que yo hiciera estaba bien para él.

Trabajé duro y con entusiasmo. Cerqué con palizada de estacas recortadas; talé, quemé, desyerbé y sembré maíz, para ir acostumbrando la tierra. No pude hacer bohío, pero como no lo necesitaba me conformé con un rancho. Esperaba ir haciéndome poco a poco de lo necesario para levantar un bohío bueno, y con esa intención limpié y dejé sin sembrar un altillo que dominaba el lugar, cerca del camino. Allí no se estancaba el agua y la grama compacta afirmaba la tierra; estaba coronado por un guanábano que esparcía por el sitio su grato olor y por un naranjo agrio que algún día se utilizaría en las exigencias del guiso.

Yo soñaba con hacer de aquel punto un retiro amable, y ya creía ver las laderas de pendientes imperceptibles cubiertas por un jardín en el que reventaban las dalias rojas y blancas y en que se balanceaban pausadamente las gallardas azucenas.

De tarde le hablaba de mis propósitos al viejo Amézquita.

—Aquí va el bohío —le explicaba—, aquí la cocina, y por ahí bajará un caminito de piedras. Allí voy a poner el portón.

Él sonreía con mezcla de escepticismo y ternura. Cierta día me dijo, como al descuido:

—Lo malo es que te vuelvas a dir.

Era difícil saber si en sus palabras había reproche o aprobación. Servían para las dos cosas.

Si hacía el bohío, sería uno más en Penda, donde podría haber, a buen contar, ciento cincuenta. Desde las orillas del arroyo, hacia el norte, hasta las del Camú, por el sur, y desde La Mara hasta el Rancho, Penda se extendía en distancias tan largas que a un hombre se le hacía difícil caminarlas. Había potreros y conucos, pero lo más abundante eran los cacaotales y el monte. Las hojas se cerraban en un amasijo alto; se cruzaban las ramas de cien clases de árboles diferentes y la tierra se pudría en las lluvias, bajo la gruesa capa de hojas caídas. Las veredas serpenteaban de bohío en bohío y de paraje en paraje. El único camino real era el que pasaba por la casa del viejo Amézquita. En mal tiempo era un lodazal hediondo, amasado por los cascos de caballos, mulos y asnos.

Por ese camino, hacia la salida del sol, estaba la pulpería de Antonio Rosado. Antonio era cojo, picado de viruelas, trigueño y mal hablado. Había levantado una gallera en el patio de su negocio y los domingos no le alcanzaban las manos para despachar ron. En días de jugadas se oía desde lejos el griterío de las gentes del Rancho, de Penda y de La Mara, que acudían a los desafíos. Temprano los veía pasar; llevaban fundas con gallos y las monturas inquietas batían el lodo con su rápido casquear; cruzaban mujeres con bandejas de empanadas y dulces, cruzaban hombres descalzos, que desechaban las pozas y se tiraban contra la alambrada para llegar limpios.

Yo iba a menudo a la pulpería porque me agradaba la amistad de Antonio Rosado. Su conversación era tajante, como machete afilado.

Llegaba allá algunas tardes en busca de jabón para la casa, de gas o de azúcar, y aprovechaba la ocasión para hablar con el pulpero de la cosecha, del tiempo, de los negocios y hasta de política. Antonio llenaba las conversaciones de palabras puercas, pero las decía con naturalidad.

Los domingos no me aparecía por allí porque aunque los gallos me entusiasmaban, los galleros borrachos me daban asco. Armaban una bulla infernal y a veces, si se acaloraban en una discusión, acababan echando mano a los cuchillos y clavándoselos unos a otros. Desde luego, comprendía que ellos habían nacido, crecían y morían en un ambiente que no les proporcionaba facilidades para que cambiaran su manera de ser; y en cambio yo había rodado, dado tropezones, visto mucha gente diferente, y había aprendido algo que me hizo distinto de ellos: había aprendido a juzgarme a mí mismo y a tratar de ser algo más que un peón de campo. Personas ilustradas a las que conocí en mis andanzas me dijeron más de una vez que esa superación se conseguía

cambiando de vida, procurando otro ambiente, rodeándome de artefactos que podía comprar con dinero si decidía dejar de ser peón para ser amo en el campo o en una ciudad. Pero yo quería progresar por dentro, no por fuera, y no me animaba a dejar el campo. Amaba aquello con devoción. Las raíces de mi vida estaban allí, en el árbol, en el hombre, en el río, en aquel escenario de trabajo incesante donde se fraguaba el porvenir. No era culpa del campo ser arena de tragedias ni semillero de hombres que se desconocían a sí mismos. Ésa era culpa de otros, de los que sacaban de nuestro sudor la parte que usaban en rodearse de comodidades o simplemente en envilecerse, y ni siquiera nos devolvían en escuelas lo que nos quitaban todos los días. Rodando por el mundo conocí muchos de esos culpables y me percaté de que gran parte de ellos ignoraba que vivían a costa nuestra. A los que me decían que con lo que yo sabía podía hacerme rico en la capital o en alguna ciudad, les respondía que yo sabía que era un explotado, pero que prefería eso a ser un explotador.

Pero estaba hablando de Antonio Rosado. Pues bien, Antonio Rosado me recibió un día con la cara seria. No me saludó, y cuando yo estaba a pique de preguntar qué sucedía me sorprendió con estas palabras:

—Usted sabe que yo no soy chismoso y que lo que le digo a cualquiera se lo pruebo cuando le parezca.

Me pregunté a qué vendría aquello. Él siguió envolviendo un azúcar que estaba despachando y ni siquiera me miró. Pero yo me sentía preocupado. Así, le dije:

—Le agradecería que me explicara por qué me dice usted eso.

—Por nada. Es que aquí andan diciendo cosas que lo perjudican, y como yo soy su amigo quiero que usted las sepa.

—¿De mí? —pregunté.

—Sí, de usted. Yo no entiendo de líos y por eso me pongo alante, pa' que no vayan a creer que ando con chismes.

La mujer a quien despachaba hacía esfuerzos por sonreír, incómoda con la situación que se avecinaba.

—La gente siempre habla caballás, Antonio —dije.

—Sí, pero no como ahora. Inocencio el del viejo Vinicio anda regando que usted enamora a la muchacha por los cuartos de Amézquita.

No esperaba eso y temblé de arriba abajo, como a efectos de un mazazo en la cabeza.

—Oiga, Antonio, usted sabe que no cuento más que con mis brazos para ganarme lo que como...

Callé, porque la indignación no me permitía seguir hablando. Veía los objetos de la pulpería temblando ante mí. Mi voz sonaba en mis propios oídos con timbre metálico.

—Además —agregué—, yo nunca he enamorado a Rosa.

—Pero dende que usted asoma la muchacha le pierde el gusto a to' el mundo. Yo no sé porqué será.

—No es por mí, Antonio; créalo.

—Bueno, eso a mí no me importa. Ojalá yo que cayera en su mano y no en la de algún vagabundo. Lo que le dije es pa' que usted no se descuide.

Claro que no podía descuidarme. En el campo, si un hombre dice algo que pueda denigrar a otro hay que tomar en cuenta no lo que dice, sino la intención. Desde ese día no me quité de arriba el mediacinta ni un momento.

El mediacinta estuvo al costarme la vida; pues un día encontré una mata de guao en lo que llamaba para mis adentros "mi tierra". El guao es venenoso y su sombra encona. Me puse a cortarlo, pero como tenía que hacerlo con cuidado para que no me cayera encima alguna gota de la savia, tire un machetazo loco que me alcanzó un pie. Cuando bajé los ojos vi la sangre fluir y cubrirme todo el pie. Traté de estancarla y al agacharme sentí que todo lo que veía huía de mí. Me pareció que el campo, con sus árboles y sus veredas, con sus potreros y sus cacaotales, con su cielo y sus lomas, se alejaba y se acercaba formando un conjunto de borrachera; después todo fue haciéndose amarillo, blanco, más blanco. Luchaba por sostener la cabeza, por ordenar otra vez el paisaje. Creo que traté de llamar, pero no pude, y si lo hice fue en voz tan baja que nadie oyó. Casi sin darme cuenta sentí un sueño pesado y a la vez agradable, y luego me pareció que descendía muy de prisa por declives de pendiente suave.

Desperté poco a poco, con el sol ya alto. Empecé a recordar vagamente lo que me había sucedido. Tenía la pierna pesada, y cuando quise ponerme de pie no pude. Entonces me arrastré hacia el camino y no tardé en ver las alambradas. De pronto sentí deseos de dormir, de quedarme allí boca abajo y recibir en todo el cuerpo la sensación de la tierra, su frescura y su pulso. No tenía ganas de ver más caras humanas sino de dormir ahí, en ese punto, un sueño muy largo. Me sentía como un niño echado en el regazo de una madre dulce. Dormir, dormir y no trabajar más, no luchar más, no sufrir ni ambicionar más; eso era lo que me pedía el cuerpo. Quedarme en ese sitio y no caminar otra vez; quedarme dormido a la sombra del naranjo o a la del guanábano, mientras en las lomas de Macorís, en los higos lejanos, en la pulpería de Antonio, en la Línea de tierra quemada —cerca y muy lejos—, la vida siguiera

sembrando dolores y esperanzas, insensible a lo bueno y a lo malo.

Pero Remigio pasó por el camino real. Algo debió decir ese hombrecillo débil que vive en mí y en toda persona; algo debió decir porque Remigio saltó la alambrada, gritó, llamó, y entre él y Pancholo me llevaron a la casa, donde los ojos de Rosa se agrandaron con la noticia y los viejos y gastados de Marta se esforzaron en ver la herida.

En las horas lentas de la enfermedad comencé a dudar. Aquello empezó por una ligera inconformidad conmigo mismo. Nunca, cuando soñé que Rosa fuera mi mujer, me acordé de que el padre tenía dinero; pero debí haber previsto que otros pensarían en eso. Así, de lo que Inocencio había dicho en la pulpería el culpable era yo, solo yo y nadie más que yo. Yo tenía la culpa de que Inocencio estuviera hablando.

A ser sincero, no me preocupaba por lo que la gente dijera; lo que me preocupaba era mi conciencia. Y la conciencia que me echaba en cara haber puesto los ojos en la hija de un hombre como Amézquita, a quien todo el mundo en el sitio consideraba rico. Analizaba la situación y me decía que en verdad yo no había enamorado todavía a Rosa, aunque tal vez la muchacha sospechaba mis intenciones; me decía que al viejo Amézquita le hubiera gustado verme casado con la hija, porque me había dejado entrever en alguna conversación que quería para su hija un marido que no la maltratara. Luego, yo debía sentirme libre de mis propias sospechas. Pero no estaba conforme, y yo había deseado siempre, de manera ardiente, vivir de acuerdo conmigo mismo.

En mis relaciones con Rosa y con Amézquita había algo que no me satisfacía y no podía saber qué era, y con las murmuraciones de Inocencio aquello, lo que fuera, se hacía presente. ¿Era la nostalgia de mi vida anterior? En algunos momentos la idea de perder la libertad de ir y venir sin compromisos me causaba cierto malestar. De pronto me asaltaba el recuerdo de paisajes, de caras, de voces, y sentía el deseo de verlos y oírlos otra vez.

¿Qué era, en realidad, lo que había ido a buscar a la casa de Amézquita? ¿Había sido a Rosa o algo diferente? Amézquita era bondadoso como un padre. ¿Estaba yo buscando la bondad de Amézquita sin saberlo? Si Rosa era necesaria para mí, ¿por qué no la enamoraba?

Rosa me cuidaba; entraba en mi cuarto a preguntarme cómo me sentía y qué necesitaba. Yo notaba que antes de entrar se pasaba el peine por los negros cabellos. Como en los primeros días tenía fiebre, una inflamación en la ingle y el pie y la pierna hinchados, ella me llevaba tisanas y me decía que había estado delirando y hablando disparates o que había dormido tres horas corridas.

Los peones de la casa me recomendaban cosas tan peregrinas como cera derretida en

la herida. Marta y alguna que otra vieja de la vecindad me ponían cataplasmas de tuna. El primer día me habían lavado el pie con gas y después, como no apareciera yodo me echaron creolina. Según Pancholo, me habían confundido con un becerro.

De tarde en tarde llegaba alguien a visitarme y también gente que iba a otra cosa. Don Rogelio, el del Palmar, estuvo dos veces, pero sus visitas eran para Rosa. Hombre maduro, con barriguita, rico, era el tipo clásico del hacendado comodón. Llegaba en una muía bien enjaezada y vistosa, y yo pensaba que él era el marido ideal para Rosa. Me molestaba pensarlo, pero lo pensaba. Rosa debía ser la mujer de otro, no la mía. No debía ser mi mujer. Es verdad que me gustaba verla y que a veces me embriagaba de solo pensar que tenía sus cabellos en mis manos y que los peinaba con los dedos. Pero esa atracción no podía justificar que me casara con ella, y por otra parte el comportamiento del viejo Amézquita me impedía llevármela y dejarla luego.

Rosa no debía ser mi mujer. En algunos momentos casi me gritaba a mí mismo esas palabras, sobre todo cuando la medianoche me hallaba pensando en Rosa o cuando la imagen de su cuerpo me hacía despertar antes del amanecer.

Uno de los muchachos del pueblo estuvo a verla. Tenía cara lamida y ojos falsos, y no me gustó el mozo aquel. Hablaba con demasiada suficiencia, seguro de que estaba deslumbrando a los campesinos, lo cual me disgustó tanto que lo traté con visible desdén. Otro que fue una tarde fue Inocencio el de Vinicio. Era joven, de cuerpo enorme y rasgos gruesos. Tenía una mirada de animal y torva. Se le veía que no utilizaba la cabeza sino para ponerse sombrero. Habló con mucha reticencia, casi sin mirarme, con los ojos puestos en Rosa. (Por cierto que cuando me sané, Antonio el pulpero me contó que el lengua larga andaba regando por los callejones que en la casa de Amézquita la poca vergüenza había llegado al extremo de meter bajo el propio techo al novio de la hija, lo que sin duda dijo porque la tarde de su visita Rosa estuvo particularmente simpática conmigo.)

Yo no había recuperado el movimiento del pie, pero no me acostaba y pasaba el día en la sala, en el comedor y hasta en el patio haciendo algún ejercicio. Cuando llegó la época de recoger el cacao me tiré a trabajar porque hacían falta brazos. Me ayudaba con manteca de culebra, que afloja las coyunturas, y trajinaba el día entero, empeñándome en olvidar los restos del mal. Iba y venía por los cortes, cuidaba del desgrane, atendía a los secaderos, y no cargaba yaguaciles con cacao verde porque no podía hacerlo. Una tarde el viejo me siguió por una tira de cacao, y cuando estuvo separado de los peones, apoyándose en el tronco de una guama, me dijo:

—Mire, Juan, usted debía quedarse aquí conmigo. Sembramos esa tierrita que a usted le gusta y no se ocupe más de ella. Yo me voy sintiendo cansao.

—Pero yo estoy tullido, don.

—Eso es asunto de días, y yo no le hablo pa' de una vez.

—Es que, mire, a la verdad, yo me cansé de trabajar para otros. Ahorita me caen los años encima y voy a llegar a viejo sin un bohío.

Amézquita sonrió con pena.

—Así quisiera yo que me cayeran a mí. Con esos bríos suyos me tragaba el mundo.

Me recogí en mí mismo. No sé por qué me pareció ver en lo que decía una alusión a mi aparente indiferencia por Rosa. El viejo creía que yo estaba desperdiciando la mejor oportunidad de mi vida, y no podía él darse cuenta de que si Rosa no hubiera sido hija suya habría cargado con ella y hecho renuncia de lo que él pudiera dejarle. Dije:

—No lo piense, don. Mucho agua sucia he tenido que beber en el rato que he vivido.

—Talvé. Hay gente asina, que envejece pronto. Dicen que cada uno tiene cara de cada uno.

—Sí, don. El corazón de la auyama solo lo conoce el cuchillo.

Él estuvo un rato callado; después lamentó:

—Si Dios me hubiera dado un hijo como usted...

Esa simpleza me causó un efecto desgarrador. Me dejé dominar por la lástima y le dije:

—Pues hágase de cuenta que lo tiene y tráteme como hijo.

Pero el viejo entendió mal. Los ojos se le llenaron de luz y sonrió como nunca antes lo había visto sonreír.

—¿De forma que usted y Rosa...? —comenzó a preguntar.

—No, viejo; como amigos —atajé yo.

La expresión del viejo Amézquita cambió en segundos. Se quedó mirándome con ojos profundos, y después le vi en la cara todas las gamas del desconsuelo hasta que en el fondo de sus pupilas quedó fijo el vago resplandor de la tristeza. Aquello me apenó en tal forma que solo podría explicarlo diciéndome que había causado un desengaño a mi propio padre. ¿O era que yo quería a Amézquita como si fuera mi padre?

De ese mal rato me salvó el viejo Vinicio, que llegaba a tratar un negocio con

Amézquita. Me pareció muy joven para ser el papá de Inocencio y hasta más simpático de lo que merecía el animal de su hijo.

A partir de esa conversación la vida se me fue amargando. De noche, sobre todo, me ponía a calcular el alcance oculto de los silencios y los gestos de Amézquita, el valor que les daba a sus palabras cada vez que se dirigía a mí. Trataba de adivinar el desarrollo de los acontecimientos y sufría de antemano por el dolor que podría causar en aquella familia. Notaba con disgusto que Rosa se esforzaba en agarrarme, y en la difícil situación en que me había colocado mi propia duda, eso me llenaba de indignación. A menudo culpaba a Rosa por lo que Inocencio había dicho en la pulpería, como si la pobre muchacha hubiera sido la instigadora de tales habladurías. Llegué a pensar que ella coqueteaba con Inocencio, le daba esperanzas con algunos gestos y luego lo mortificaba haciéndole creer que su preferido era yo. Me decía que Rosa era una de esas mujeres a las que les gusta sentirse celadas y centros de tragedias.

La duda trabajaba con rapidez en mi pecho y poco a poco fui sintiendo que todo se me hacía extraño, que repelía a las gentes y las cosas, que había a mi alrededor una inexplicable hostilidad que al principio surgía de mí e iba hacia los demás y después rebotaba de nuevo en mi alma, llenándome de inquietud y malestar. Empecé a echar de menos mi vida de antes, mi vagabundear sin rumbo, aquella posesión de mí mismo que tan feliz me hizo en una época. “Antes —pensaba— alquilaba mis brazos y los recuperaba cuando quería”. Me decía: “Ahora estaría por las vueltas de Bonao cortando madera”. O simplemente me veía a mí mismo en un camino, sin pasado y sin futuro, gozando de un presente corto pero mío, de un presente maravilloso, lleno de todo aquello que admiraba y quería en mi tierra —el paisaje, la honda esencia propia, el sentido viril, el infatigable espíritu de producción— y eludía lo que me hacía sufrir, la miseria y la ignorancia de los demás.

Ese movimiento de repulsa se hacía cada día más fuerte, ganaba cada vez más terreno en mi alma. Llegué hasta a reaccionar con disgusto a las frases agradables de Amézquita y a las coqueterías de Rosa. Solo me encontraba bien con Pancholo, con Remigio, con los otros peones. Les oía charlar, los veía trabajar sin descanso y me sentía ajeno a las asechanzas contra mi libertad.

Pero el diablo no duerme, según dicen, y si lo hace es caminando. El diablo arregló las cosas de tal manera que me resultó imposible abandonar la casa: el viejo Amézquita enfermó y se fue agravando poco a poco, al punto que nos vimos metidos en el mal trance sin que ninguno lo viera llegar. Y yo no podía dejar al viejo Amézquita cuando él no servía para nada, porque hubiera sido cobardía y deslealtad.

La enfermedad se presentó con dolores en el pecho, al amanecer de un lunes; en la noche Amézquita respiraba con dificultad y yo no arreglé la hamaca porque amanecí sentado, en espera de que me necesitaran. El martes el enfermo estuvo débil, con algo de fiebre; el miércoles deliraba y la fiebre lo sacudía en temblores, le hacía sudar y le

hundía los ojos y las sienes. El viejo se quejaba y dejaba caer los párpados. Ese día, en la noche sobre todo, fue gente de toda la vecindad e innumerables mujeres a quienes yo no conocía estuvieron entrando y saliendo murmurando sin cansarse, preparando tisanas y rezando. El jueves temprano Amézquita me llamó. Hablaba con voz profunda e insegura.

—Ya falta poco pa' que esto se acabe, Juan. Si por mí fuera le pediría que me consiguiera el cura en el pueblo pa' morir en confesión.

Yo me hice el sordo y no le contesté. Trataba de mirar hacia cualquier sitio donde no estuvieran los ojos de Amézquita. El me sujetó una mano por la muñeca.

—Vea, Juan, y tanto que me hubiera gustao verlo junto con Rosa.

No pude evitar el impulso y le clavé la mirada, una mirada que estoy seguro de que era fría y dura. El viejo tenía los ojos puestos en el vacío y por eso no notó nada. De pronto se llevó ambas manos al pecho y gimió. Trataba de hundirse en el esternón los dedos, oscuros y flacos. Parecía querer desgarrarse. Tosió y quiso hablar.

—Juan...

Por la puerta cruzó la sombra de Rosa. Sentí que de golpe el mundo pesaba sobre mí; el mundo todo, con sus arenillas y sus yerbas, pero también con sus montañas y sus ceibas. No podía resistir la angustia. Rosa, Rosa, Rosa... En lo profundo de mi pensamiento estaban ella y el viejo y Penda. Y cientos de caminos pardos que se cruzaban unos sobre otros. Me acudían a la mente recuerdos de la niñez, retazos de episodios que yo creía olvidados. Amézquita estaba ahí, junto a mí, muriéndose, y yo no podía retornar a mí. Rápidos, veloces, a galope tendido, desfilaron días y días por mi memoria; unos eran oscuros, otros eran claros, otros confusos.

—Juan...

Allí estaba Amézquita, una línea oscura y huesuda, de la que salía una voz pobre. Las mujeres de las cercanías hablaban y se oían voces de hombres. Amézquita acezaba, como si se asfixiara.

—Juan...

Pero yo no podía responderle. ¿Por qué había de responderle? ¿Por qué había de consentir que me lanzara en aquel pozo que se abría a mis pies? Rosa estaba en el fondo del pozo, llena de sonrisas maliciosas. Era agraciada, sí, y joven y saludable. Pero yo no podía, ¡no podía admitir que el moribundo me dejara amarrado! Comprendía que no debía hablar; que si decía lo que estaba sintiendo iba a matar al viejo, iba a precipitar su muerte, y no quería ser responsable de su muerte. Era para

volverse loco.

Tal vez lo que estoy contando duró menos de un minuto, pero yo sentía que el tiempo se había detenido, que todo lo que se mueve en el mundo había dejado de moverse. Me volvía loco. Y de pronto, en aquella angustia una idea surgió del caos, una idea no buscada, no solicitada, una idea que fue como una luz en la noche cerrada.

—A usted le hace falta un poco de berrón —dije.

A seguidas, como un autómatas, me puse de pie y eché a andar. Me había agarrado de aquel pretexto sin darme cuenta cómo ni por qué. Crucé a toda prisa por entre la gente, aparejé un caballo que hallé en el patio y tomé al trote el rumbo de la pulpería. Todavía a la vuelta me sentía como sin voluntad de llegar, y confieso que no me daba cuenta de por qué retardaba la marcha del animal. Me daba asco reconocer, con miedo de mí mismo, que tenía la esperanza de que el viejo muriera antes de que yo llegara a la casa. Desde lejos, tratando de ver el movimiento de la gente, quise adivinar si había pasado algo. Pero todo parecía igual que antes. Y como si el destino escondiera una burla en la curva de cada minuto, el berrón que fui a buscar para no estar presente en el momento de iniciarse la agonía de Amézquita sirvió para volver en sí al enfermo. Rato después de habérselo untado en la cara y en el pecho, el viejo dormía como un niño. Yo también tenía ganas de dormir. Busqué la sombra de un alero y eché una siesta corta.

Pasamos aquella noche en calma relativa. A lo lejos ladraban los perros mientras adentro rodaba el murmullo de las conversaciones sostenidas en voz baja. Algunos hombres galanteaban a las muchachas; el humo de los cachimbos y los cigarros llenaba las habitaciones; en la cocina hervían tisanas y hacían café.

Rosa aprovechaba cualquiera ocasión para acercárseme. Iba a preguntarme futilidades, se movía como si fuera a sentarse en mi silla, y en una ocasión hasta me sujetó una mano. Con los labios lívidos y los ojos fosforescentes, su descuido y su palidez le daban un marcado aspecto de mujer sensual que no era corriente en ella. Yo procuraba mantenerme alejado.

En un grupo distinguí el rostro duro de Inocencio. Sus ojos me seguían como perros hambrientos. No le vi mover la boca una sola vez. Estuvo en el patio, entre mozos de su edad, y la luz de la cocina le enrojecía las facciones, dándoles mayor repulsión de la que tenían.

Temprano, cuando me convencí de que el viejo no daría sustos, me fui a dormir. Antes de sumergirme en el sueño oí la voz de Rosa, apagada y con un timbre extraño:

—Juan, Juan... ¿Adonde estará Juan, Marta?

No quise responder.

En toda la mañana del viernes nos sentíamos animados: el viejo parecía mejorar. Para mí aquello era la solución de mi tormento, porque la salud o la muerte eran puntos extremos y en ninguno de ellos cabía la duda, origen de mi angustia.

Nos envolvía un cielo nítido y el sol se mostraba jocundo, propicio a pensamientos de esperanza. Yo sentía que una felicidad suprema flotaba en el ambiente pero sentía también que a mí no me tocaba parte en esa felicidad. La quietud de la mañana, sin embargo, me fascinaba.

En la misma casa había paz. Había ido poca gente y Amézquita dormía tranquilamente, tal vez solo molesto por el desacompasado subir y bajar del pecho.

¿Por qué veía yo aquella tranquilidad como cosa superficial? Me dije que debía estar nervioso por el mal dormir, el trajinar, el pensar, y me lo repetí varias veces, empeñado en convencerme. Pero no lo lograba. Veía aquel cielo alto y claro, aquel armónico y gentil movimiento de toda hoja, aquel fluir lento del día como algo lejano, casi de sueño, que solo lograba adormecerme la piel. Para ponerme a tono con el día cogí maíz y estuve echándoselo poco a poco a las gallinas; recorrí el jardincito deteniéndome en cada flor y jugué con los perros como en mi olvidada niñez. Y de pronto, cuando correteaba entretenido a Rabonegro, oí a Rosa gritar mi nombre y llamarme.

Corrí. Ella estaba en la puerta, con un paño sobre la boca. La empujé y entré. Marta rezaba al pie del catre. Al viejo se le había llenado el rostro de huesos.

—¡El berrón, el berrón! —grité.

Toda alocada, en un revuelo de brazos, de faldas y de pelo, Rosa registró un rincón y se volvió desolada, mostrando la botella vacía. No perdí un segundo y corrí al patio.

—¡Pancholo, Remigio!

Nadie contestó. En una sombra de yerba que había junto a la cocina mordisqueaba un potro. Me dirigí a él corriendo y en medio de la carrera iba pensando: “Ya no lo salva nadie”. Mientras le echaba el bozal a la bestia tuve tiempo de decir algo que le devolviera a Rosa la confianza. Salté sobre el animal sin aparejarlo y empecé a maltratar a talonazos sus costillas. Llegué rápidamente. Desde el camino grité:

—¡Antonio, pronto, berrón, que el viejo se muere!

Veía la pulpería en sombras y repetía ahogándome:

—¡Berrón, que se muere!

—Dios le guarde la suerte —rezongó una voz.

Al tiempo que me volvía, pregunté:

—¿Suerte? ¿A quién?

Todavía no lograba distinguir al que hablaba. Antonio Rosado destapaba la botella para que yo perdiera menos tiempo. De pronto le oí decir:

—No hable caballá, Inocencio.

Pero Inocencio no quiso callarse.

—A usted —dijo señalándome.

Mientras corría a montar, sin comprender claramente qué quería decir, insistí:

—¿Y por qué a mí?

Pero súbitamente vi claro. No esperé la respuesta. Como si la sangre se me hubiera vuelto llamas de pronto, me sentí arder por dentro.

—¡Hijo de mala madre! —grité al tiempo de atacar.

El estaba armado de cuchillo, pero no lo había sacado. Al golpe le vi la cara echando sangre y los ojos enrojecidos por la ira. El piso resonaba bajo nuestros pies. Antonio Rosado maldecía a grito pelado. En un relámpago de tiempo eché el ojo sobre el cabo de un machete que descansaba en el mostrador. Tiré la mano, pero ya él había logrado sacar su cuchillo. Mostraba los dientes ensangrentados y soplaba como bestia. Sentí la punta del cuchillo en el hueso, sobre el omóplato izquierdo y, loco, como quien tala matorrales, lancé el primer golpe. El hombre se ladeó. Di otra vez, y otra más. La voz de Antonio resonaba en mis oídos:

—¡Lo va a matar, Juan; lo va a matar!

Entonces vi a Inocencio doblarse, cubrirse el rostro y caer. Me asomé a la puerta. Los objetos se me confundían. El cielo, los árboles, el camino: para mí todo se movía en una danza vertiginosa. Corrí. No recordé que andaba a caballo y me fui a pie. Antonio Rosado daba gritos:

—¡Corran, que malograrón a Inocencio!

Caminé hora tras hora, dando rodeos, y cuando el sol clareaba, antes de que reventara la mañana, había alcanzado el fundo de Nisio Santos. El trillo terminaba ahí y a nadie iba a ocurrírsele buscarme donde el viejo Nisio Santos. Era un negro serio, silencioso, muy estimado por sus amigos. Lo llamé desde la tranca. Tardó en salir. Un perro blanco empezó a alborotar.

—Muchacho, soñando contigo ‘tuve anoche. Quién me lo diba a decir.

—Corté a Inocencio el del viejo Vinicio —dije a manera de explicación.

—Dentra y siéntate. Eso le pasa a cualquier hombre, no te apures.

La mujer de Nisio Santos no podía levantarse. Ellos eran solos, porque los dos hijos se les habían ido al pueblo. La vieja tenía medio cuerpo paralizado.

—Ay jijo —comentó al verme—. Dichosos los ojos. Mira que hacía tiempo que no sabíamos de ti.

Hablamos de su enfermedad mientras Nisio bregaba con astillas de cuaba en la cocina.

El bohío era pequeño, sucio. No comprendía uno cómo podía resistir las inclemencias del tiempo. Una gallina estaba echada en un rincón. Afuera se mecían los plátanos al aire de la mañana.

El viejo hablaba con voz monótona, respondiendo a una petición mía:

—Yo casi no resisto camino largo, y menos hoy, con este anuncio de agua; pero un servicio no se le niega a naiden, muchacho. Horitica salgo yo pa’ Penda. Asina no habrá lugar a que piensen que tú andas por aquí.

Yo le oía y veía sus desnudos pies, grandes, de talones cuarteados. Ya estaba abrumado por los años. Se movía con lentitud y chupaba su cachimbo como adormeciéndose. Me pidió que le hiciera su sopa a la vieja y que le terminara un desyerbo en el plantel, si no llovía. El perro le acompañó buen trecho, moviendo alegremente el rabo.

El fundo estaba metido en pleno monte. Se oía el susurro del viento entre los troncos cubiertos de bejucos. Las hojas de plátanos resonaban con la brisa como puertas que se abrían y se cerraban de golpe. Silenciosa, la vieja dejaba pasar las horas prendida de su cachimbo de barro.

Cansado como me hallaba, quise esperar un rato antes de ponerme a desyerbar. Me tendí sobre un banco estrecho, frente al fogón, y cerré los ojos. Sin explicarme por

qué, tenía una sensación de seguridad que me hacía mucho bien. Echado en la puerta de la cocina, el perro blanco se adormilaba y las moscas se le posaban encima.

Poco a poco fui sintiendo los ojos duros y empecé a perder el dominio de los sentidos. De pronto vi a Inocencio tendido a mis pies con la cabeza machacada, sin rasgos humanos. Yo caminaba y adonde iba, iba aquel cuerpo de cabeza deshecha. No se movía, pero no me abandonaba. Yo cruzaba el potrero de Amézquita. La noche era oscura y llovía a cántaros. De todo terrón, de todo tronco salía una mano. Yo lograba escapar por pulgadas de ventaja. Llenando el potrero resonaba la voz de Antonio Rosado: “¡El fue, él fue, él fue!” Rosa se hincaba frente a un soldado de rostro repugnante y lloraba hablando: “Le doy lo que usted me pida si lo perdona”. Yo no podía con mi terror. Gritaba desesperado, corría ladeándome, huyéndoles a tantas manos. Blandiendo un machete afilado, el viejo Nisio Santos clamaba: “¡No le pongan la mano, no le pongan la mano, sinvergüenzas!” Seguía la noche negra, tan negra como si hubiera sido sólida. Vi una mujer cruzar el potrero, apartando la yerba con unas manos blancas y gentiles. De pronto aparecí a la puerta de Amézquita. Había mucha gente, un catre en la sala, y alrededor, cuatro velas en sillas, y Rosa tendida sobre el catre, llorando. El viejo Amézquita surgía de entre las sábanas blancas, me miraba con ojos hundidos y horrorizados, y me decía: “Tú fuiste, tú, yo lo sé.” Yo empecé a gritar: “¡Yo no, yo no, yo no!” Entonces Pancholo y Remigio rompían en una risa a la vez sonora y tenebrosa, una risa tan estrambótica que ahogaba todos los ruidos. No sé por qué me hallaba con ellos jugando brisca al tronco de un caimito. Hacía mucho sol y a la vez era noche cerrada. Jugábamos, y al volver los ojos tropezaba con Inocencio a mis pies. Allí estaba, con la cabeza hecha trizas. Encolerizado por su injusta persecución, yo le escupía el vientre y el muerto lloraba lleno de amargura. Eso me causaba terror. “¡Juan, ahí vienen; huye, Juan, que ahí vienen!” —gritaba Marta—. Yo no podía huir. Quería moverme y estaba clavado en el suelo; deseaba dar voces y había enmudecido. Rabonegro empezó a ladrar en forma desesperada.

Alcé la cabeza. El perro blanco de Nisio perseguía un hurón, llenando el patio de ladridos. Tardé en recobrarme, lleno de miedo cervical. De pronto no comprendí dónde estaba, y veía la cocinita negra, el bohiucho pobre; vigilaba los alrededores y me parecía estar acechando el silencio. La vieja tosió en su habitación. Entonces me hice cargo de dónde estaba y me apresuré a reavivar la candela, que ya se consumía.

Después me puse a buscar los ingredientes de la sopa; registré macutos viejos, rincones y barbacoas; en parte alguna hallé con qué hacerla. Había unos granos de sal en una higüerita, pero ni manteca ni ajos ni otra cosa para condimentar. Salí al patio, recogí unas mazorcas de maíz y en un plantón raquítico encontré unos rabos de yuca. Más que sopa, lo que hice fue un caldo pobre, que a nada sabía; sin embargo la vieja estuvo tomándoselo con placer y cuando terminó dijo que hacía tiempo que no comía sopa tan sabrosa.

Yo estuve un rato mortificado mientras ella tornaba a chupar su cachimbo, con los ojos perdidos en el techo. No sabía si sus palabras eran sinceras o si las dijo para no echarme en cara mi ignorancia. Lo primero me impresionaba por la miseria que hacía sospechar; lo segundo, por su generosidad.

Esperando a Nisio, que anduvo ligero, entró la tarde. El viejo llegó silencioso, preguntó por su mujer, fue a saludarla y después se metió en la cocina. No se había quitado el sombrero. Estuvo un rato acariciando al perro. Yo trataba de adivinar qué iba a decir. Sus gestos pausados y nada extraordinarios podían encubrir una noticia mala o una buena. Al cabo habló.

—Eso del muchacho de Vinicio es caballá. La gente creía que ‘ diba a salir guapo, pero yo sabía que no.

A la verdad, yo no estaba nervioso, o creía no estarlo; pues si no lo estaba, ¿por qué había soñado lo que soñé unas horas antes? Pero si tenía una falta de acomodo interior, creía que la causa no era que hubiera herido a Inocencio sino haber sido violento con él; que él me hubiera sacado de mi decisión de no ser violento. Me producía rabia pensar que él me había obligado a herirle. Era bruto el condenado, bruto y odioso. Rosa no tenía nada que ver en eso; ni siquiera pensaba en ella. Era solo Inocencio, solo él y yo.

—Le diste sus buenos golpes, pero de plan, no de filo. Agora, que cuando te sintió hombre, se aflojó. Y como tú le sacaste sangre... una cortaíta; cosa de na’. Me dijeron, y te lo digo como me lo contaron, que el taita le dio su pela por blandito.

—¿No está grave, entonces?

—¿Grave? Esos porquerías ni an se mueren, muchacho. Y yo no sé, porque pa’ la falta que hacen en mundo...

—Yo creí que... Usté no sabe la alegría que siento.

—Caballá, muchacho... ni an herido... Tú puedes dirte a Penda, si te da la gana; pero si quieres llevarte de mi consejo no vayas. El Inocencio ése no saldrá guapo, pero alevoso sí. Lo mejor es evitar. Cuando no hay más remedio se para uno a pelear. Yo creo que tú no tienes nada que buscar en Penda, asina que...

—Sí, tengo que ir donde el viejo Amézquita.

—¿Amézquita? Enterrao ‘ta ya. Hoy mesmo lo enterraron.

“Hoy mesmo lo enterraron, hoy mesmo lo enterraron”. He oído esas cuatro palabras mil veces, más de mil veces, y ahora mismo estoy oyéndolas. La noche anula las líneas

del camino y borra los perfiles del monte. Cantan las ranas y algunos cocuyos se encienden; los perros ladran en hileras, uno aquí, otro más lejos, otro perdido en la distancia. Camino. Arriba asoma una que otra estrella entre nubes densas y lentas.

He dejado atrás el trillo que lleva al fundo de Nisio Santos; he dejado atrás los primeros bohíos de Penda; y camino, camino. Como en la noche de mi vuelta a la casa de Amézquita, pienso en Rosa. Ahora es huérfana. Estará con Marta. El caserón le parecerá grimoso y oscuro.

También pienso en Amézquita. Lo veo huesudo, con los ojos agrandados, agarrándose el pecho. “Hoy mismo lo enterraron, hoy mismo lo enterraron”. Imagino la hora del desenlace. Ocurriría cuando yo estaba luchando con Inocencio en la pulpería, Rosa gritaría desolada y las viejas del lugar debieron llegar a toda prisa. La noche del velorio —anoche— Rosa se pasaría el tiempo preguntando al sesgo por mí; le contarían lo de Inocencio y lloraría la desgracia a la vez que la muerte del viejo. Me parece verla con su negro pelo descuidado, los ojos hinchados y la nariz roja de llorar. En el velorio habría gente de todos los lugares vecinos; los hombres contarían cuentos y las viejas cabecearían sueños entre los rezos.

Camino, camino... Arriba siguen amontonándose nubes negras. Si no estoy equivocado debe faltarme poco para llegar a la pulpería. Llamaré a Antonio Rosado y le preguntaré. Aunque no; es mejor que nadie sepa mi paradero. A lo mejor es una trampa lo que le han contado al viejo Nisio Santos. Bueno, no puede ser trampa, porque nadie sabía que yo estaba en su casa.

Me gustaría hablar con Antonio, oírle decir algo. Es buen amigo y con seguridad no me delatará. Decía: “¡Corran, que desgraciaron a Inocencio!”; pero no decía quién lo había cortado. Quizá hasta esté un poco alegre por lo que la haya pasado a Inocencio.

Camino, camino... ¿Cuándo se desplomarán esas nubes que ya cubren el cielo? Creo reconocer el sitio por donde voy. De ser éstos los cacaotales de don Vinicio, estoy al alcanzar la pulpería. Sí, son ellos. Ese árbol, aquí, a mi izquierda, es un roble desramado. Ahí está la pulpería; es ese bulto cuadrado. Llamaré a Antonio. Pero, ¿y si hay gente con él? ¿Quién? Tal vez una mujer; nadie sabe... El perro ladra furiosamente; parece que va a reventar ladrando. Acorto el paso. ¿Llamo?

Ya estoy frente a la pulpería. Debería detenerme y llamar. Pero no lo haré. Ahora no quiero devolverme. Antonio estará durmiendo. ¿Serán las doce? No, quizá sea un poco más tarde. Es imposible saberla hora exacta. De noche se camina más despacio porque apenas se ve por dónde se anda. Además, esta vez no hay estrellas. Las nubes crecen y se confunden allá arriba.

Camino, camino... A ratos no pienso; solo me esfuerzo en mirar. ¿Alambres? Los siento y digo: “Tierra de Amézquita”. Tierras de Amézquita. ¿Por qué no me conmueve

pensarlo? Toda la que tenía la ha cambiado ahora por un hoyo estrecho. ¿Cuándo comenzará a pudrirse? Dicen que alguna gente no se pudre; depende del terreno y quizá hasta de la causa de la muerte. Pero Amézquita... Amézquita se pudrirá pronto. Murió flaco. Quería dejarme atado a su hija. ¡Ah el viejo Amézquita! Era buen hombre, no cabe duda; pero quería atarme a su hija.

Rosa debe estar pensando en mí. ¿Llorará? Su vida ha quedado dislocada de golpe. ¿Quién iba a decirle que sucedería todo esto? La vieja Marta rogaba: “Quédese aquí con nosotros, Juan” Bien: ni el viejo ni yo. Nadie puede prever el futuro, y a veces llega lo que menos esperamos.

Camino, camino... La brisa ha cambiado y es ahora viento de agua. Voltijea entre las copas de los árboles; zumba, gira, arranca hojas. No tardará en llover.

Toda la noche suena, canta. Del mismo corazón de la tierra parece levantarse un rumor de vida. Veo los arbustos doblarse, mecerse; ojeo hasta que me duelen los ojos; extendiendo el brazo para evitar tropiezos. “Amézquita no está; ha muerto” —pienso—. Se lo llevaron esta mañana por este mismo camino. Todos los campesinos de por aquí se pondrían ropa limpia —“su muda limpia”, como dicen ellos—, y sin duda vino don Rogelio el del Palmar en su mulita. Buen paso el de la mulita.

Camino, camino... Oigo a mi espalda el ronroneo de la lluvia; distingo el ruido peculiar de las gotas sueltas que caen en las hojas. Apuro el perfil de los árboles que la rodean. Inesperadamente el corazón me salta. Sí, ahí está la casa. Siento que las manos se me enfrían. El aguacero viene cantando a mi espalda. Corro. Rabonegro ladra, se enfurece, estruja su cabeza con mis piernas. Busco el alero. Me siento frío y lucho contra la impresión. La lluvia está lavando ya el techo de la casa.

El perro se echa a mis pies. Yo me doblo y acaricio su cabeza. Llueve intensamente. Me siento mojado en un brazo, en un hombro. Me pego más. Silencio. Ahora, al conjuro de la lluvia me va invadiendo una tristeza inexplicable. Debe ser mucho más de medianoche. Quizá en algún lugar distante estén celebrando una fiesta. Esta lluvia se irá filtrando poco a poco hasta mojar el ataúd de Amézquita. Los bohíos, pobres y miserables, están cerrados. Yo tendré que trabajar mañana, como ayer, como siempre; y no yo solo: también los miles de seres humanos que viven en esos bohíos miserables. A esta hora hay mucha gente cobijada por un techo de zinc, de yaguas o de cemento; unos estarán durmiendo junto a sus mujeres, otros junto a sus hijos, otros con sus padres y sus hermanos. Yo estoy aquí, bajo un alero, acariciando la cabeza de Rabonegro. ¿Estará Rosa pensando en mí?

La lluvia arrecia. Las ideas tristes, los pensamientos dolorosos nacen en tropel no sé dónde, y me angustian. Oigo el viento pasar por entre los árboles.

¡Solo, solo! ¿De qué me sirve mi libertad ahora? Tal vez enferme, quizá caiga herido

un día, golpeado por un tronco o macheteado por cualquier Inocencio. Rosa está aquí, y acaso no duerma. Su catre estará caliente. ¿Por qué no llamar, por qué, si ello asegura mi porvenir y calma mi soledad de hoy?

Voy a llamar. Bastará con que dé un golpe en la puerta y diga su nombre. Ella estará despierta, quizá esperando esto mismo, que yo la llame. La vieja Marta se alegrará de que vuelva; estoy seguro de que se alegrará.

Rabonegro gime entre mis pies. La lluvia decrece por un momento; es menos ronco su canto en el techo. La brisa pasa ahora menos sonora, más suavemente.

Oigo una tos. Estoy seguro de que es ella. Me presiente y no duerme. A seguidas, una voz:

—Marta, Marta...

Me llega el murmullo de la respuesta, pero no distingo las palabras. A poco, otra vez Rosa:

—No es el perro, Marta; es gente.

¿Gente? Ha querido decir “Juan”. Levanto la mano. Fugazmente, la imagen de Amézquita pasa por algún lugar de mi cerebro. Lucho. Tengo la mano levantada pero lucho. Su catre estará caliente. ¿Y mi libertad, mi libertad? No puedo más, ¡no puedo más con mi duda! La lluvia torna a arreciar. Es un golpe de agua y viento el que se acerca. El camino estará parido de charcas y lodazales, y aquí hay cama, casa, afecto.

Creo que voy a ahogarme. La voz se me aprieta sin haber salido; me ahoga como piedra metida en la garganta. Decididamente, no puedo más, ¡no puedo más!

Y me lanzo al camino, por cuyos desniveles corre raudamente el agua sucia.